RESEÑAS

Héctor Zagal, *La cena del bicentenario*, 2009, México, Martínez Roca ediciones, 191 p.

RECEPCIÓN: 7 de octubre de 2009.

ACEPTACIÓN: 18 de noviembre de 2009.

El festín bicentenario

Lo que nos sugiere esta flapper decadente (la cronista Cube Bonifant), en clara discordia con el discurso oficialista de su época, es que los cambios pregonados en esta era revolucionaria eran más superficiales que profundos: las modas habían evolucionado sin que la sociedad y la moral se mantuvieran a la par.

*Vivian Mahieux, "Introducción",
Una pequeña marquesa de Sade.*

168

Esta novela de Héctor Zagal me parece realmente ingeniosa, divertida y desafiante. En ella se dan cita la historia de México, la comida mexicana y otros ingredientes que la condimentan de manera original. Original —y creo que ésta es la principal virtud de la novela— porque la historia que nos cuenta Zagal no sólo es ajena a las sucesivas versiones de la historia oficial que nos han sido impuestas, sino también a la historiografía hecha sobre pedido o a la medida, o dictada por maniqueos y rebuscados impulsos patrióticos.

Esta novela se publica, además, en un momento en que nuestros gobernantes empiezan ya a celebrar, con el tradicional boato y derroche que caracteriza a las élites en el poder en México, el bicentenario de la llamada independencia de México (no hubo tal) y, aun a contracorriente, el centenario del caos político, civil y militar oficialmente denominado revolución mexicana. El hecho de publicar ahora esta novela es un acierto porque su autor no celebra, sino que evoca, recuerda nuestra historia con total libertad creativa. Es decir,

recupera el acontecer histórico de los últimos doscientos años, sirviéndose del recurso de la memoria crítica y del humor, deslindándose así de lo meramente festivo y, por lo tanto, anecdótico. Y, al mismo tiempo, convierte lo excelsamente patriótico en la glotonería del cura Hidalgo, el puritanismo de Juárez en mero rencor, y la gloria de don Porfirio (ahora tan de moda) en salvaje insolencia. No coincide con Héctor, sin embargo, cuando reitera la tesis oficial, subrayada hasta la saciedad por Fernando del Paso en *Noticias del imperio*, sobre la locura de Carlota. En mi opinión, el mejor presidente que ha tenido México a lo largo de su larga historia (ya van 488 años y no sólo los 200 oficiales) fue, precisamente, Carlota.

Para llevar a cabo esta puesta en juego de la memoria crítica, el autor rompe con el manejo del tiempo convencional sentando a la mesa a personajes célebres de diferentes épocas en el mismo espacio temporal: nuestro presente, que es la época de un Iturbide que come panuchos, la de un cura de Dolores que devora fritangas, la del Juárez fascinado por el mole negro y financiado por los USA, la de un Maximiliano que no come garnachas, la del Michael Jackson conocido como ese don Porfirio que toma pulque a escondidas, y la del campesino Zapata que come gusanos de maguey y hace una revolución para recuperar su pasado novohispano. Es como si Zagal dijera a sus lectores: señoras y señores, en el país en donde ocurren los hechos aquí contados dan las cuatro de la tarde, las nueve de la noche o las seis de la mañana a la misma hora, que puede ser medianoche. Y esto porque en este mismo país el escenario es siempre el mismo, así se trate de 1810, 1910 o 2010. Aquí todo es siempre igual porque nunca pasa nada. En la historia del país evocado a través de sus próceres y enemigos de la patria, que nunca ha sido realmente una nación, es muy difícil diferenciar una época de otra, pese a los cambios que se producen, porque en realidad son mera apariencia. (Esto es lo que dice, con otras palabras, Viviane Mahieux en el epígrafe.) Los personajes que han actuado en el escenario de esta historia parecen rendir permanente homenaje al conde de Lampedusa cuando, en su fantástica novela *Il gattopardo*, hace decir a uno de sus personajes: “hay que cambiar para que todo siga igual”. Creo que así fue entre 1810 y 1821, entre 1910 y 1921, y así ha sido entre 2000 y 2009. Hidalgo no es una ruptura con el pasado e Iturbide no inaugura una nueva época. Díaz no es el fin del siglo XIX y los sonorenses no son la inauguración del siglo XX. Las elecciones del año 2000 no son una ruptura con el pasado inmediato porque sólo ponen en circulación a personajes que mantienen intacto el corporativismo que sirvió al partido único durante buena parte del siglo XX

RESEÑAS

(de Calles a Zedillo). Por supuesto que Héctor Zagal no escribió su novela en los términos en que la comento, pero es lo que me sugiere, y se lo agradezco. El valor de una obra literaria está tanto en lo que dice y en la manera como lo dice como en aquello que genera en el lector. Y como tal, doy las gracias a Héctor Zagal por esta novela que me ha confirmado un punto de vista, políticamente incorrecto, sobre la historia del México oficial.

JULIÁN MEZA

Departamento Académico de Estudios Generales
Instituto Tecnológico Autónomo de México